

PASCUALA IVANOVITCH

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA LINGÜÍSTICA
"ALFONSO MEYER"
Cada. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
APR 1880

PASCUALA IVANOVITCH

I

A bordo del *Temerario*, bajel de
S. M. Británica, Golfo de Cattaro,
4 Octubre 1880.

Las dos de la noche. La paz profunda, el recogimiento íntimo de *la guardia de media noche á cuatro de la madrugada*. Instantes melancólicos del oficio de los marinos, en que en el silencio, en la calma de las veladas, el pensamiento, desprendido de todo, mira de una manera elevada las cosas de la vida.....

Estamos en Cattaro: país nuevo, situación impre-

vista. Hémos aquí formando parte de una *escuadra europea*, como jamás ha existido otra.

Las dos de la noche. Una gran tranquilidad ha sucedido á las agitaciones, á las salvas, al estrepitoso ceremonial de la llegada.

Ilumina la luna una bahía admirable, donde el agua dormita inmóvil; proyecta claridades rosadas sobre las grandes rocas, y corta con sombras los relieves de las prodigiosas montañas suspendidas sobre las aguas.

El aire de la noche es tibio, y la tierra envía olores de mirto. Parece un paisaje soñado.

Todas aquellas formas negras, que parecen monstruos dormidos sobre el cristal de la mar, son barcos acorazados; es la *escuadra internacional* que ocupa en este momento á los políticos de todos los gabinetes de Europa.

Los acorazados duermen. Cada media hora, cuando suenan sus campanas, se oye en tonos diferentes el grito soñoliento de los marineros de guardia repetido en todos los idiomas. Y luego, las últimas voces mueren una tras otra, y todo vuelve á caer en absoluto silencio.

II

Martes 5 de Octubre.—Apenas hemos tenido tiempo de contemplar á plena luz este país nuevo, al que nos trae la casualidad y en el que permaneceremos quizá largo tiempo, esperando la resolución de las cuestiones del Montenegro, la Grecia y la Albania.

Este país de los slavs tiene un aspecto bien fantástico. Alrededor de la bahía, cerrada como un lago, las montañas son altas, abruptas, salvajes, con pequeñas aldeas esparcidas por sus bosques.

Y detrás y más alto que todo esto hay algo sombrío que sube hasta el cielo, como si fuese la gigantesca muralla de un mundo: son las montañas oscuras del Montenegro, calcinadas, desgarradas, como restos espantosos del caos.

En el lejano horizonte están inmóviles, en impo-
nente actitud.

Delante de nosotros y á la orilla del mar hay una
aldea: es Baozich.

Cattaro está lejos, oculta tras las montañas, en el
fondo de otra bahía que no se vé.

¿Qué haremos nosotros aquí si tenemos que pa-
sar el invierno?

III

Domingo 10 de Octubre.—Ya hace ocho días que
estamos aquí. Poco á poco se acostumbra la vista á
estas terribles masas de piedra inmóviles en el ho-
rizonte; se familiariza con estos bosques, con estos
paisajes, con la fisonomía montaraz de este rincón
de la tierra.

El otoño en este país es cálido y límpido; el ver-
dor en las montañas toma tintes admirables.

Hoy es día de descanso á bordo. Los marineros,
muy limpios, con sus trajes de lienzo, juegan como
niños ó se arrastran boca abajo sobre los puentes,
que están tan blancos y limpios como la madera
nueva.

De un barco á otro se examinan curiosamente con

anteojos. Es, en efecto, nuestra escuadra muy singular: á nuestro lado franceses; más lejos, austriacos; más aún rusos, alemanes, italianos, amigos todos por el momento y reposando tranquilos sobre el mar azul.

Es domingo, y hace un verdadero día de fiesta: ni una nube en el cielo, ni un soplo en el mar. A nuestro lado, las grandes montañas bañadas por el sol están silenciosas.

Los aldeanos de los pueblos inmediatos han venido para ver esta escuadra admirable. Algunos han venido de muy lejos, hasta de Scutari y del Montenegro, y las barcas de los pescadores de Baozich no son bastantes para conducirlos.

Nosotros los ingleses, con los franceses nuestros vecinos, somos los que recibimos más visitas; estas gentes tienen la opinión de que los demás nos son inferiores.

Llegan hasta nosotros barcas llenas de dálmatas, de montenegrinos, con su cara de bandidos, vestidos de terciopelo bordado de oro, y de albaneses, á quienes quiero, porque me hablan en la lengua de Stambul.....

La noche se aproxima; las cimas de las moles de piedra del Montenegro toman un tinte rojo obscuro, en seguida un violeta pronunciado.

Después todo se extingue, y no se ven ya en el aire más que siluetas lejanas, admirables de atrevimiento y de altura.

Llega la noche y salto á tierra. Paso por la aldea de Baozich, por delante de la posada sombría donde cenan los bateleros. Por un sendero ya conocido me voy á la montaña.

Subo y subo entre la espesa obscuridad de los árboles, y me detengo cerca de una cabaña aislada, en un cercado de olivos.

Allí me espera una muchacha joven, que lleva el traje de las mujeres de la Herzegovina, pobre guardesa de cabras y corderos, que se sienta cerca de mí con toda su inocencia, con todo su candor de semi-salvaje.

Me cuenta cosas infantiles, en un italiano mezclado con palabras slavas, que me cuesta gran trabajo comprender, y me deja todas las noches, cuando desde una choza próxima una voz temblorosa de vieja llama: «¡Pascuala! ¡Pascuala!.....»

Pascuala Ivanovitch entra dócilmente en la habitación, se acuesta sobre su cama de brezo y se duerme.

Pobre niña, nada quiero de ella—nada más que mirarla, porque es muy linda—como miro las flores raras que brotan aquí, en los bosques.

En los primeros momentos huía, como hacen todas ellas. Ahora su terror ha pasado, y somos grandes amigos hace tres días.

IV

Pascuala Ivanovitch, nombre italiano y apellido del Norte. Los slavos de las orillas del Adriático se han apoderado de algunas palabras del lenguaje de los italianos y de un poco de su acento; les han tomado, sobre todo, su tinte más bronceado y más cálido.

Los ojos grises de esta niña tienen un no sé qué de vago, de brumoso, de septentrional, peculiar de su raza, y que forma el encanto de ciertos ojos rusos. Pero sus mejillas están doradas por el sol, como albaricoques maduros, y sus cabellos, muy rubios, destacan su tinte claro sobre el moreno color de sus sienes.

Su traje se compone de un justillo con lentejuelas

de cobre, que deja ver una camisa plegada, y de un jubón, que tiene un burdo cinturón de cuero abrochado con hebilla de metal. Cubre su cabeza un gorro rojo, al cual va unido por detrás un velo blanco.

Ha nacido al otra lado de las montañas, en la sombría Herzegovina; no tiene ya padre ni madre, y los viejos aldeanos, con quienes vive, son sus amos.

V

Miércoles 13 de Octubre.—Maniobra, zafarrancho de combate. Todo el aparato de los grandes ejercicios de escuadra.

Un tiempo muy cubierto, muy sombrío, muy pesado, con principio de tormenta. Las gigantescas masas de piedra gris que caen á plomo sobre la mar tienen aspecto siniestro bajo este cielo melancólico.

A las cinco el servicio estaba terminado. He comido y cambiado rápidamente de traje para ir á reunirme con Pascuala en el cercado de los olivos.

Pascuala Ivanovitch permanece largo tiempo echada sobre el musgo, con la cabeza sobre mis ro-

dillas, en ademán de dormir. Y yo siento latir muy fuertemente su corazón bajo mi mano, y veo que no duerme. Le hablo dulcemente en italiano, y me responde en slavo, con palabras entrecortadas, como el que está mal despierto.

Pascuala Ivanovitch dice, contando por los dedos, que sólo tiene diecinueve años; esta es la edad que yo le atribuía, pues está ya formada; sin embargo, cuando habla se diría por la voz que era una niña. Huele á heno segado, á establo, á las yerbas de la montaña, y también un poco á los corderos que guarda. A toda luz su velo blanco y su corpiño parecerían rotos, ajados, sucios por la tierra de los caminos; por la noche todo es lindo, todo parece bien sobre la yerba del campo.

Cuando Pascuala mueve la cabeza se oye un ruido metálico, producido por la bisutería de cobre y por las arracadas y agujas colgantes que sujetan el velo á la tela de su gorro rojo.

Ha debido tener más de una aventura con los pastores de Baozich, y, seguramente, ha entregado ya su cuerpo que quema. Tiene sencilleces y desvergüenzas de niño pequeño. Es muy bella, y su busto es puro como el de una estatua.

Se está bien en este bosque de olivos. En el suelo hay musgo seco, líquen, hojas caídas.

Es noche oscura; se siente, sin embargo, que se está en un sitio elevado, que domina la mar desde lo alto, así como la escuadra europea.

Llegan los ruidos lejanos de los tambores y los pífanos, campanadas, músicas rusas, himnos austriacos, gigas inglesas (1), cantos de marinero en todos los idiomas. A distancia, todo esto se confunde y se mezcla al ruido general, el canto de los grillos de la campiña.

¡Qué paz en la obscuridad de este bosque!..... Se diría que todos estos barcos se han reunido á nuestro alrededor para darnos este concierto vago y extraño. Y, sin embargo, su extraña reunión representa la agitación de la política, la amenaza terrible de una guerra general, de un conflicto europeo.

¡Qué paz en la obscuridad de este bosque! El tiempo está otra vez despejado, los olivos dibujan sobre el cielo estrellado sus hojas como un fino encaje negro. La tierra huele bien, cantan los grillos, el corazón de Pascuala palpita siempre muy fuerte bajo mi mano..... Son nuevas para mí estas pala-

(1) Baile del país —(N. del T.).

bras slavas que me dice, y no sé comprenderlas aún; este país también es nuevo, y empiezo á amarle como he amado tantos otros.

—¡Pascuala! ¡Pascuala!—llama con acento extranjero la voz triste de todas las noches.

Pascuala se levanta y echa á correr.

Yo vuelvo á bajar á la playa.

l
j
v
b

VI

Viernes 15 de Octubre.—Día de viento y de lluvia. Grandes borrascas de otoño. El sol aparece de tiempo en tiempo entre los aguaceros.

Pascuala, que pasea sus corderos como de ordinario, me enseña un rinconcillo de la montaña en que los mirtos y los granados están cubiertos de flores como en la primavera; un jardín de otoño, abrigado en el fondo de un barranco. Conoce ella allí un escondrijo de pastora, bajo gruesas piedras, donde nos guarecemos de los chubascos.

Pascuala tiene un hermano mayor que no había yo visto aún. Llega de improviso y me lanza una mirada escrutadora y de desconfianza. Con una

explicación que yo hubiera deseado comprender, dada por Pascuala en slavo, sonrie y me tiende la mano.

Está vestido como un aldeano dálmata. Se llama Juan y es batelero en Rizano. Tiene la misma cara que su hermana, los mismos grandes ojos grises, el cutis bronceado y los cabellos rubios como ella, y el bigote destaca su color claro sobre el color verdoso de sus mejillas.

Juan Ivanovitch me acompaña hasta la orilla del mar. Está muy admirado de cosas que nos son muy familiares; el embarque de un oficial en su bote, los honores del pito, los marineros que se precipitan para ofrecerle la mano, para extender la alfombra tradicional, etcétera. Parece deducir de esto que soy todo un gran señor.

Nunca las montañas del Montenegro me habían parecido bellas de una manera tan extraña como esta tarde. Sobre un fondo moreno, sombrío de nubes de tormenta, iluminadas con color rojo por el sol poniente, con un rojo que no se puede imaginar, con un rojo de brasas vivas que les daba aspecto de incandescentes, aspecto de estar aún en fu-

sión. Grandes murallas de fuego; aspectos grandiosos y aterradores de visiones de apocalipsis.

Reflexión que ha hecho cerca de mí mi amigo Plumkett: «Se cree en el panteísmo contemplando cosas semejantes.» En el momento que él lo decía yo lo pensaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1910, 1925 MONTERREY, MEXICO

VII

Domingo 17 de Octubre.—Pascuala me había dicho que le llevara cuatro florines para comprarse un gorro encarnado. Se los he dado esta tarde, y, muy colérica, los ha arrojado á la maleza.

En seguida se ha echado á llorar y se ha desgarrado las manos para buscarlos á la luz de la luna entre las zarzas. Me los ha devuelto, á excepción de uno que no ha podido encontrar.

Acaso una niña tan linda como Pascuala Ivanovitch tiene defectos ó vicios; importa poco: debe tener, á pesar de esto, algo hermoso en el corazón; en el estado salvaje, la belleza física es incompati-

ble con la fealdad moral. Como no hablamos el mismo idioma, me falta absolutamente tiempo para descifrar y comprender su modo de ser; no puedo apreciar, al contemplarla, más que lo que ven mis sentidos: la belleza del cuerpo.

En mármoles de Paros, en mármoles pentélicos, esculpían los griegos jóvenes formadas como Pascuala Ivanovitch. No se puede creer que esta belleza sea sólo materia admirablemente modelada; debe haber también en el corazón un *algo* puro y grande.

18 de Octubre.—Ha vuelto el buen tiempo, la calma, el cielo del Mediterráneo.

Los pasados días de lluvia han hecho al aire más ligero y transparente. Son más vivos y más bellos los matices de todas las cosas, el azul irisado de las montañas, el azul oscuro de la mar, el verde esmeralda de los mirtos que cubren las rocas, el rojo de las granadas, el verde oscuro de los olivos, y las moles de piedra se destacan en la altura, sobre el cielo, ya en color gris claro de ceniza, ya en tinte blanco de lava.

Por la tarde reina una atmósfera tibia en la mon-

taña; la luna llena ilumina los senderos, bordados de mirtos y de matorrales.

En el cercado de olivos espero á Pascuala..... media hora, una hora..... Pascuala no viene. Me acerco con cuidado á la choza que está cerrada. Se oyen dentro las voces de los dos ancianos, que parecen dirigirse reproches, reñir fuertemente en slavo, y la voz de Pascuala, que responde muy bajo, y también la de Juan, su hermano.....

A media noche el *Helicón*, que había ido á tomar órdenes á Italia, vuelve con noticias políticas que parecen graves. Dicen que nuestra manifestación contra la Albania está terminada, que la escuadra internacional va á ser disuelta, y que nosotros volveremos á Inglaterra.

19 de Octubre.—He corrido por la montaña todo el día; he subido muy arriba, por encima de las nubes, con intención de cansarme mucho, de no pensar en Pascuala por la tarde, y de dejar tranquila á la pobre niña.

¡Qué bien estaba allí, tan arriba, echado en el hueco de una roca, entre los enebros y los arbustos,

plantas débiles y raquíticas de las cumbres; solo, muy lejos de los hombres, en la punta extrema de la montaña más alta de Baozieh!

Bien abrigado del viento frío que reina en las cimas, calentado por el sol que entraba en mi escondrijo de piedra, miraba desplegarse á lo lejos, bajo mis piés, inmensas perspectivas.

Había llegado allí, subiendo primero por senderos de cabra, bordados de mirtos y tapizados de musgo. En la región húmeda, donde quedan las nubes, había en los huecos de las piedras plantas de helechos finas y frescas.

Después nada de senderos; rocas grises que tuve que escalar, rasgándome las manos con los espinos de las malezas, que crecían entre las hendiduras, como plantas que hubiesen temido, al caer de tal altura, ser arrastradas por el viento.

Cuando mi reloj marcó las dos salí de mi escondite para ir á sentarme á un sitio próximo, al extremo de la última piedra de la cumbre. Soplaba un viento tal en esta altura, que me costó trabajo sostenerme. Empecé á agitar en el aire, poniéndolo en el extremo de un palo largo, un ramo de acebo; esta era una señal convenida con el *Temerario*, que pa-

recía, visto desde allí, una mosca sobre el agua. A las dos en punto de la tarde, los anteojos de larga vista, de á bordo, debían estar dirigidos á este pico de la montaña.

Después volví á mi nicho de piedra y permanecí allí mucho tiempo; no tenía gana ninguna de volver á bajar.

Veía á vista de pájaro las ondulaciones de las crestas de las montañas, huyendo por debajo de mí, y yendo todas á confundirse en una inmensidad azul, que era el Mediterráneo; y más lejos, en los últimos límites del espacio, el círculo vagamente dibujado del horizonte de las aguas parecía subir en el aire.

En aquel momento comprendía muy bien la existencia de las águilas ó la de esos ermitaños solitarios que viven en las cimas; me parecía ver y juzgar todas las agitaciones de la vida humana, como si yo no perteneciera al mundo, y dominándolas desde lo alto, me absorbía en la contemplación de lo infinito.

Debajo, muy lejos, había, sin embargo, algo sombrío, que se mantenía mucho más alto que yo en el cielo.

Era la cadena de las sombras del Montenegro.

Los cortes de sus picos estaban claros y perfila-

dos, pero sus bases más indecisas parecían disolverse, confundirse en el vacío, inclinándose hacia mí, como masas que van á caer. Mirarlas fijamente producía vértigos.

El día avanzaba, y yo tenía apetito; bajé con rapidez y volví á bordo poco después de la puesta del sol.

VIII

Pero cuando llegó la noche, salté á tierra y me encontré en los senderos de Baozich. Primero me dirigí al lado opuesto á la cabaña de Pascuala, y después retrocedí y subí al bosque de los olivos.

La hora había pasado, pero Pascuala Ivanovitch estaba aún allí, y me esperaba. Me dijo algo en slavo, que debía significar esto: «¡Qué tarde vienes á la cita!»

.....

No sé el tiempo que pasó: solo sé que la temblorosa voz de la vieja llamó, como de ordinario, con el mismo tono de siempre: «¡Pascuala! ¡Pascuala!.....»

Esta se levantó y echó á correr.
Yo quedé tendido en el suelo y me dormí.

Me desperté con un gran frío; caía el rocío sobre mis vestidos. La luna había salido del fino encaje negro de las hojas de los olivos, y me miraba llena, como un ojo helado y muerto.

Oí muy lejos, en medio de este silencio de la noche, una especie de fanfarria triste, con redobles de tambor: el último toque de cobre-fuego de los barcos ingleses.

Sin duda era muy tarde, y mi canoa, después de haberme esperado, se habría ido hacía mucho tiempo.

Bajé á la playa. La cabaña en que los bateleros se detenían á beber estaba cerrada. Las barcas de éstos estaban amarradas á unas piedras.

Distinguí, pegado á un árbol, á un hombre con traje dalmata, que podía ser también batelero, y me aproximé á él. Era Juan.

—Tus marineros han venido á esperarte—dijo—han temido que te hubiese ocurrido alguna desgracia en la montaña, y han ido allí. ¿No has estado con mi *sorella* (hermanita) esta noche?

—Le dije que no, y sin duda no me creyó, pero

no insistió más.—Dijo simplemente con tono duro:

—Bien, si quieres, entra en mi barca. Pero esto te costará cinco florines, porque es de noche.

.....

A bordo del *Temerario* dormían los marineros.—Pasé por debajo de las filas de sus hamacas colgadas, y entré en mi cuarto, que estaba á oscuras.

Encendí las bujías, y me quedé sorprendido al encontrarle lleno de flores, como un altar de la Virgen. Canastillas de mirtos, ramas olorosas de naranjo y rosas.

Me había olvidado ya de estos ramos, enviados por la mañana de Baozieh. Mi criado, durante mi ausencia, los había puesto en agua, arreglándolos á su manera, con una simetría como la de las capillas. Estaba bonito, sin embargo, y hacía un efecto extraño ver las flores mezcladas con las antiguas telas brochadas de Ragusa, y con las armas, antiguas también de Oriente, brillantes de nacar y metal. Dejé los ramos como él los había puesto, á pesar del peligro de sus perfumes.

Cansado como estaba, me acosté entre todas estas flores, y caí en un sueño lleno de sobresaltos y de visiones.